



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

John



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

Día 30 de mayo a las 19:00 horas

Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

“Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,
QUERIDO PADRINO JUAN JOSÉ CANO,
QUERIDO ALUMNO ÁLVARO HERRERO-TEJEDOR,
QUERIDOS FAMILIARES,
VICERRECTORES, DECANOS Y DIRECTORES,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Celebramos hoy horas de estudio, trabajos entregados de madrugada, exámenes que parecían imposibles, decisiones difíciles, cambios de rumbo, dudas, aprendizajes. Recordaba Álvaro también amistades, descubrimientos y momentos que probablemente recordaréis toda la vida. Queridos graduados, enhorabuena. Habéis recibido la beca de la Universidad, que no es una bufanda de un equipo de fútbol o una servilleta para mover cuando entran los novios en una boda; es el testimonio de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos. Recibís los colores amarillo dorado y blanco, que son los colores del Papa, de los que se llenará también Madrid la semana que viene. Llevad y custodiad la beca con orgullo y cariño.

Recibir una formación en una institución como Comillas significa formar parte de una larga tradición educativa que, como todas las obras de la Compañía de Jesús, se arraiga profundamente en un sitio —en Madrid, en España—, pero, al mismo tiempo, se abre al horizonte de todo el mundo. Nuestro deseo es que el haber pasado por aquí os haya ayudado a sentirnos responsables y conocedores del mundo entero.

Quiero empezar, como Álvaro y Juanjo, dando las gracias a quienes muchas veces viven esta graduación casi con la misma intensidad que vosotros: vuestras familias, que os han sostenido cuando ni siquiera vosotros estabais

seguros de poder llegar hasta aquí. Esas llamadas después de un examen: “me ha salido bien”, “no me ha salido bien”, “te juro que lo había preparado fenomenal, pero me preguntaron lo que no esperaba”. Este apoyo se ha notado de muchas maneras, y una de las alumnas en el vídeo nos lo recordaba: “mamá, la última mensualidad”. Gracias también a los profesores e investigadores, que habéis acompañado a estos jóvenes durante estos años, no solo transmitiendo conocimientos y preparándoles para enfrentarse a su futuro profesional, sino ayudándoles a crecer, a madurar, despertando en ellos preguntas importantes.

Gracias al personal que hace posible la vida cotidiana de una universidad: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, becas, aulas, plataformas, incidencias informáticas, mantenimiento y seguridad. Las universidades funcionan gracias a muchas personas cuyo trabajo casi nunca recibe aplausos. Hoy lo habéis visto en cómo se han recibido, cómo se han ido mostrando los sitios donde aparcar los coches, cómo se han acompañado hasta aquí, cómo nos están cuidando ahora, cómo nos cuidarán después. Precisamente porque no reciben aplausos muy habitualmente, os pido ahora un aplauso para todos.

Nadie se gradúa solo, nadie llega solo hasta aquí. La universidad puede parecer a veces una experiencia muy individual —notas, mi carrera, mi futuro—, pero en realidad toda vida humana es compartida. Aprendemos gracias a otros, crecemos gracias a otros, nos sostenemos gracias a otros; en realidad, nos hacemos unos a otros. Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero, aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo, descubrimos quiénes somos de verdad gracias a que otros nos han mirado, a que otros nos han cuidado y a que otros también nos han exigido. Nuestra libertad depende de una red previa de afectos, instituciones y personas que hacen posible que crezcamos seguros y en paz. Pensar que uno puede construirse completamente solo no es que sea falso, es que puede ser peligroso. Produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias; produce sociedades donde todos compiten, pero pocos se sienten responsables; produce personas capaces de triunfar y, al mismo tiempo, incapaces de pertenecer.

Por eso, quizás una universidad jesuita entiende especialmente bien que la excelencia nunca es una aventura solitaria. Como nos ha recordado Álvaro, San Francisco Javier, uno de los santos más conocidos de la Compañía de Jesús, uno de aquellos diez primeros compañeros que con Ignacio funda aquella compañía de amigos en el Señor, pasó gran parte de su vida viajando solo. Cruzó océanos, aprendió lenguas desconocidas, llegó hasta los confines de Asia y murió lejos de su tierra, mirando a una China que nunca llegó a pisar. Y, sin embargo, San Francisco Javier nunca se entendió a sí mismo como alguien aislado. Antes de partir, Ignacio y sus compañeros habían formado una comunidad tan profunda que Javier quiso llevar consigo un recuerdo extraordinario. Antes de partir, primero de Roma y después de Lisboa hacia las Indias, recortó de las cartas de sus primeros compañeros las firmas, las puso en una cajita y se la cosió a la sotana, encima del corazón, en el lugar donde lleváis ahora el escudo de la Universidad. Con este recuerdo quería hacerse seguro de que en cada tormenta y en cada puerto desconocido, e incluso cuando uno parece caminar solo, nunca deja de llevar consigo a quienes le dieron fuerza y sentido de pertenencia.

Ojalá sea esta una de las lecciones que os lleváis los que hoy os graduáis. La vida os llevará lejos, a otras ciudades, otros trabajos, otros países; tendréis responsabilidades nuevas y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero ojalá recordéis esto: ya lleváis una comunidad inscrita en vuestro corazón. Lleváis las voces de quienes os educaron, el afecto de quienes caminaron a vuestro lado y el ejemplo de quienes creyeron en vosotros antes de que vosotros mismos lo hicierais. Y es que, tal vez, el verdadero éxito en la vida no consista en llegar lejos, sino en convertirse para otros en la misma clase de presencia que un día hizo posible vuestro propio camino.

Con frecuencia confundimos la excelencia humana, de la que tanto hablamos en la universidad, con los resultados únicamente: un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento. O se puede entender la excelencia como una exigencia permanente de superación, como la obligación de estar dando continuamente siempre

más. Ambas visiones de la excelencia son insuficientes.

La primera, porque la reduce a utilidad y rendimiento; la segunda, porque es una lógica de autoafirmación y perfeccionismo. En la tradición universitaria jesuita hablamos de excelencia humana integral: formar a la persona entera —inteligencia, afectividad, libertad, sentido ético, capacidad de relación y apertura a los demás—. La formulación clásica, que una compañera vuestra ha dicho en el vídeo, lo resume muy bien: formar hombres y mujeres para los demás. Cuando vayáis por el mundo y os encontréis alguno de los más de 3000 colegios o 200 universidades que la Compañía de Jesús tiene en los cinco continentes, siempre encontraréis estas palabras: hombres y mujeres para los demás. La excelencia, tal como la entendemos en esta universidad, no es únicamente lo que uno logra, sino para quién y para qué pone en juego sus talentos.

Por supuesto que necesitamos competencia y rigor; sin ellos no podemos afrontar los problemas del mundo con garantías de éxito. Pero la verdadera excelencia comienza cuando ese talento se convierte en servicio. Los que peinamos canas, los de este lado, pensamos en cuando estuvimos en vuestra situación actual, sabemos que hay mucha alegría, sabemos que hay mucha celebración, pero también puede haber algo de vértigo. Fuera de aquí, como nos recordaba Juanjo, vuestro padrino, nadie os garantiza trayectorias lineales. Habrá incertidumbre, habrá cambios, errores, decisiones equivocadas, fracasos. Ojalá que hayáis aprendido entre nosotros que fracasar no os convierte en un fracaso. No os dejéis convencer por una cultura que premia la apariencia de seguridad.

La vida adulta, también lo sabemos los que os estamos acompañando, suele consistir más bien en aprender a avanzar sin tener todas las garantías. Hay una escena de la novela *Project Hail Mery*, que recientemente se ha convertido en una película, *Proyecto Ave María*, que me parece especialmente iluminadora para un día como hoy. El protagonista, Ryan Mosley, descubre que es la única persona capaz de embarcarse en una misión para salvar la humanidad, pero cuando llega el momento decisivo en que tiene que tomar la decisión, responde con absoluta honestidad: no soy suficientemente valiente. La directora del proyecto le dice entonces:

nadie es suficientemente valiente para algo así; tendrás que encontrar por quién ser valiente. Esta frase resume lo que significa vivir tal como lo entendemos nosotros. No estamos aquí porque no tengamos miedo al futuro; lo tenemos todos. Tenemos miedo al futuro, yo tengo miedo al futuro. La diferencia la marca aquello o aquellos por quienes decides avanzar a pesar de tus miedos.

Pensad en las familias que tendréis, las personas a las que cuidaréis, los alumnos a los que enseñaréis, las organizaciones que ayudaréis a transformar, las personas cuya vida tal vez cambie porque se hayan encontrado con vosotros y vuestro trabajo. La valentía rara vez nace de la ausencia de miedo; casi siempre el coraje nace del amor, de la responsabilidad y del compromiso con otros.

Por eso espero que vuestro paso por esta Universidad no solo os haya preparado para ser, como nos recordaban tanto Álvaro como Juan José, para tener solo una profesión, sino también para ayudaros a hacer preguntas importantes: qué tipo de persona queréis ser, qué clase de sociedad queréis ayudar a construir, a quién servirá vuestro talento y vuestro trabajo.

Esas preguntas no se pueden responder en un despacho. Por eso os invito a que no tengáis miedo de implicaros, participar en todo lo que podáis, defender a quienes no tienen voz, involucraros en vuestras comunidades, en asociaciones, en iniciativas sociales, en proyectos políticos honestos, en espacios de encuentro y reconciliación.

El mundo cambia cuando alguien decide dejar de ser espectador y se implica. Como generación que también siente algunos de sus fracasos, os pedimos que arregléis algunas de las cosas que nosotros hemos estropeado. Sed una generación capaz de tender puentes en una sociedad marcada por las divisiones y los discursos del miedo. Necesitamos personas como vosotros, que crean en el diálogo y en la riqueza de la diversidad.

Nuestra formación nos ha dado herramientas para competir, pero esperamos que también os hayamos enseñado a colaborar, a cuidar y a construir comunidad humana. Vuestro padrino Juanjo se refirió a que tenéis la suerte de vivir en un momento extraordinario. En muy pocos años, la inteligencia artificial ha ampliado enormemente nuestras capacidades: puede resumir, leer, redactar textos, traducir, organizar información o ayudarnos a investigar con una rapidez impensable hace solo unas décadas. Sería absurdo negar su utilidad; puede ser una gran herramienta. Pero una herramienta no va a sustituir nunca el valor que tenéis. Del mismo modo, nunca puede sustituir al criterio ni la información puede sustituir la sabiduría. Y este es el drama: puede producir textos brillantes sin haber pensado, puede parecer informado sin haber desarrollado una opinión propia sobre el mundo. Estar bien preparado, ser competente, no consiste en generar resultados aceptables; consiste en ser una persona capaz de buscar la verdad, de hacerse preguntas difíciles, como nos recordaba Álvaro, de discernir, de asumir la responsabilidad de lo que se dice y lo que se hace. Hay tareas que ninguna máquina va a poder hacer por vosotros: leer con atención un texto y disfrutarlo, sostener una duda, juzgar argumentos contradictorios, formar criterio, aprender a mirar las cosas con profundidad.

León XIV nos recuerda en su encíclica Magnífica Humanitas que la inteligencia artificial, efectivamente, puede simplificar enormemente muchas tareas, pero no posee un cuerpo, no sabe lo que es la alegría ni el dolor, no madura en las relaciones ni conoce desde dentro lo que significa el amor, el trabajo, la amistad o la responsabilidad. No tiene conciencia moral, no juzga el bien y el mal, no capta el sentido último del porqué de las cosas y no asume el peso de las consecuencias. La tecnología, ciertamente, puede y ampliará vuestras capacidades, pero no puede sustituir aquello que os hace verdaderamente humanos: conciencia moral, capacidad de juicio, responsabilidad, búsqueda de la verdad.

El reto, con inteligencia artificial o sin ella, sigue siendo el mismo que tuvieron vuestros abuelos y que hemos tenido vuestros padres y nosotros: no solo se trata de tener o hacer más, sino de ser más.

Más allá del uso de la inteligencia artificial, no debéis olvidar nunca que transformar el mundo comienza por transformar la propia vida. Cada gesto de honestidad, cada decisión ética, cada acto de compasión, cada compromiso con la verdad fortalecerá el tejido democrático y humanizará nuestra sociedad. Para eso, ninguna inteligencia artificial os va a proporcionar atajos, porque requerirá de vosotros lo que os hemos estado pidiendo todos estos años: pensar, discernir, actuar con coherencia en cada pequeña o gran decisión de la vida.

La misión de la Universidad es, y ha sido, invitaros a que seáis vosotros mismos la esperanza que el mundo necesita. Nos recordaba el vídeo al final: sed vosotros la buena noticia que estamos deseando oír. La verdadera grandeza de una Universidad no se mide por sus rankings, por sus publicaciones o por la belleza de sus edificios. Una Universidad se mide, sobre todo, por la calidad humana de sus egresados, por las vidas que transformaréis, por la justicia que ayudaréis a construir, por la honestidad con la que ejercéis el poder, por la compasión con la que miraréis a los demás.

Con esa beca, con la medalla, con vuestro título de Alumni de la Universidad, lleváis también una responsabilidad, y es que, a partir de ahora, a nosotros nos juzgarán por lo que hagáis vosotros. La doctrina social de la Iglesia, que habéis estudiado, con no poco esfuerzo de vuestros profesores y el vuestro mismo, recuerda que el tejido económico, político y social, además de generar riqueza, tiene que generar comunidad de personas, lugar de encuentro, colaboración y desarrollo. Por eso, el éxito profesional no se medirá únicamente por los resultados económicos alcanzados, sino también por la contribución que hagáis a un mundo mejor. Necesitamos gente como vosotros; necesitamos mujeres y hombres capaces de unir inteligencia y conciencia, eficacia y responsabilidad y, como nos dijeron al principio, ambición grande, pero también servicio.

Nuestra aspiración ha sido precisamente esa: formar no solo excelentes profesionales, sino personas con una vocación, capaces de descubrir qué

necesita el mundo de ellas y de poner el talento al servicio de los demás. El mejor líder —y todos estamos llamados a liderar de una u otra manera— no es únicamente quien sabe gestionar organizaciones complejas, sino quien sabe orientar su trabajo hacia un propósito que haga crecer a las personas, fortalezca la sociedad y deje una huella de esperanza.

Para finalizar, quiero invitaros a volver a esta, vuestra casa. Volver no solo físicamente, sino también simbólicamente, volviendo a los valores que aprendisteis, a las amistades que habéis tejido, a los ideales que aquí se sembraron. Llevad en el recuerdo, llevad en vuestro corazón y en la mente nuestra memoria, porque tener un lugar en donde eres conocido, donde tienes historia, donde tienes un nombre, donde puedes reencontrarte, es uno de los dones más preciosos de la vida.

Pero no es este el momento. Vosotros no estáis aquí para volver. Dice la Biblia, en el Eclesiastés, que hay un tiempo para cada cosa, y vuestro tiempo ahora es el de salir al mundo. El mundo os necesita. Salid al mundo con alegría, con confianza y, sobre todo, con corazones agradecidos. Que cada paso que deis sea una respuesta viva a todo el bien que habéis recibido.

Muchas gracias y enhorabuena.